

bos, aquella dicha tantas veces ensoñada en sus amorosos deliquios.

Le pediría que abandonase la taberna, que no diera en lo sucesivo los buenos días al tío Pedro, que no vagabundeara: que se transformase en hombre honrado, amante del trabajo.

E invadía su pecho súbito placer, reflexionando que el remedio estaba en manos de ella, y que sus lágrimas de la noche anterior, eran pueriles.

Tranquila, reposada, emprendió sus labores del día, esperando tan sólo el crepúsculo, aquel crepúsculo de verano tan sereno, tan dulce, que esparcía por el campo una luz tenue, melancólica, en la solemne caída de la tarde.

Y el momento deseado llegó al fin. Encontráronse los dos en la ribera opuesta: ella triste, contento él, sin presentir nada.

—¡Ay, Julián, no sabes lo que he sufrido esta noche!—murmuró llorosa, llevándose el delantal á los ojos.

El mocetón la atrajo á sí y la dió un beso consolador, suave á pesar de su rudeza,

que, no obstante que la hizo retroceder, medrosa, hubo de obligarla á sonreír á través de sus lágrimas.

—No llores. Al cabo soy un hombre honrado, y tu madre convendrá en todo algún día,—dijo, cuando, en voz baja, cual si temiera ser oída, se lo explicó todo.

—No; si dice que eres un borracho indecente....

Permaneció un instante pensativo, dando vueltas en el magín á las palabras que escuchara.

—A mí me da muchísima pena decírtelo: pero....

—No, no; si tu madre dice algo de verdad en eso.... Pero, ¡qué quieres! tal es mi modo de ser....

Continuaron andando, mudos, cabizbajos, atormentados por la idea de una violenta separación.

—Escucha, Julián,—dijo alzando los negros ojos.—¿Por qué no prescindes de ese vicio y te vuelves honrado?

—¡Honrado, lo soy!

—Bueno, pues ya no tomes vino. Así mi madre no se opondría y seríamos felices.

El muchacho la cogió una mano, diciendo:

—Piensa que es difícililla la cosa . . . Pero, te prometo intentarla

—¿Es de veras?

—¡Tan de veras!

Y se despidieron, porque allá á lo lejos se distinguía el huerto.

Pasaron los días, y desobedeciendo la prohibición, Rosario permitía que Julián la acompañase diariamente un buen trecho del camino, y mal la hubiera pasado si su madre, á más de ser celosa, tuviese la costumbre de espiarla.

Por las tardes, cuando el sol se escondía tras del follaje, inundando de luz dorada las praderas, la señá Juana, fuerte aún á los cincuenta, sacaba de la noria el agua que hacía falta para el riego, en tanto que el tío Gerónimo, inclinado por la inmensa carga de los años, con un cesto de maíz en la diestra, daba de comer á las gallinas que caca-

reaban en el pequeño corral cercano á la casa.

Los viejos encontrábanse muy atareados aquel día, cuando se detuvo en la puerta del huerto la señá Tomasa, una jamona que pasaba de los cuarenta, voluminosa de cuerpo, de ojillos lascivos que á menudo se ocultaban en los párpados carnosos.

—¿Hay mucho que hacer, señá Juana?

—Un poquito, comadre.

—¿Es que estorbo?

—Tanto como estorbar, no digo yo . . .

Y prosiguieron la charla, hablando del tiempo, de las cosechas próximas, en fin, de cosas corrientes: la señá Juana pronunciaba con tono seco, sin cesar en su faena, y el viejo, echando grano á las gallinas, casi no entreabría los labios, mientras que la obesa huertana lo miraba todo con curiosidad, las flores, los árboles, la casa y las bestias. Hasta el perro negro que dormitaba junto á la puerta, gruñendo, era objeto de su atención.

—¿Y Rosario?—interrogó.

—Bien.

—¿Tan guapa como siempre?

—Tan guapa y tan honrada: mi hija es mi orgullo.

—Por eso todos la ambicionan.

—¿Todos? ¿Quiénes son?

La señá Tomasa, observaba á la dueña de la casa, sonriendo con malicia, y respondió:

—Pues todos. Y yo lo digo, porque como por ahí se cuenta que la boda se formaliza...

La señá Juana se incorporó violentamente, y su mirada, enérgica, dura, hubo de posarse en el rostro mofetudo, rubicundo como sol, de la visitante, que seguía riendo.

—¿De qué boda habla usted?

Se pasó el desnudo brazo por el rostro, sonóse, y luego, lentamente, dejó caer una á una sus palabras.

—¿De cual había de ser, comadre! De la de Rosario con Julián.

Hubo un momento de silencio amenazador, en que el murmullo de la huerta lo dominaba todo; después, la señá Juana, airada, repuso, conteniéndose:

—¿Y quién le ha contado eso, hija mía?

La señá Tomasa guiñó los ojos.

—Si no necesito que me lo cuenten, comadre de mi alma: diario, al caer la tarde, pasan los dos por enfrente de mi casa, cogidos de la mano, y diciéndose tantas lindizas, que es un primor. Sin embargo, yo creo que todo no pasa de ahí, porque, si acaso hacen sus cosas, no es delante de nosotras...

La señá Juana, pálida de rabia, respondió, poniéndose en jarras:

—Pues mire, hija de mis entrañas, aunque vea lo que viere, sepa que mi hija es más honrada que la misma madre de usted.

El ataque fué brutal, y la regordeta labriega vióse precisada á esperar un momento para rehacerse y contestar el insulto.

—¡Más honrada que mi madre! ¿Y eso me lo dice usted, grandísima cavalla?

—Sí, vieja argüendera, yo se lo digo. ¿Y qué? —exclamó la interpelada, remangándose hasta los codos, en actitud de combatir.

—¡Ah, la bribona, la desgraciada, atreviéndose á insultar á mi madre! —aulló la señá Tomasa, avalanzándose después sobre su contrincaute, colérica; y ambas, chillando,

se desgredieron, abofeteáronse y se escupieron al rostro.

El perro ladraba, el tío Gerónimo hacía vanos esfuerzos por apartarlas, y las gallinas cacareaban estrepitosamente.

La dueña del huerto, con la cara congestionada, cogió entre sus nervudos brazos á su contraria, y las dos rodaron por el suelo, vomitando injurias, pateando, mordiéndose, hasta que, ya exhaustas de fuerzas, quedaron inmóviles. Al levantarse, la seña Juana se disponía á zurrar de nuevo á la insultadora, cuando ésta, aterrorizada, corrió hacia la puerta.

—¡Ah, cochina, cochina, largo de aquí!— gritaba la otra, tirándola piedras.

Cuando la vió desaparecer, acometióla un acceso de llanto.

—¡Insultar así á mi hija! ¡Insultar así á mi hija!—repetía con voz ahogada.

Y el viejo lloraba también; en tanto que el perro, sumiso, lamía la mano de su ama, dolido de su llanto.

Al aparecer Rosario en la puerta, con el cesto vacío en el brazo, arreando al asno y

saludando con alegres risotadas al negro can, que saltaba delante de ella, meneando el rabo, efectuóse una transformación completa.

La madre, ya sin lágrimas, se encaró con la hija:

—¿Con que te has burlando de mí?

—Pero, ¿de qué habla usted, madre?—interrogó ella, asustada.

La pregunta pareció enfurecerla más, y con acento de ira, gritó:

—¡Anda, ven á mí con hipocresías, tratando de negar tus sinvergüenzadas con ese hombre!

Rosario, con el rostro entre las manos, comenzó á sollozar silenciosamente.

—No quiero lágrimas: vergüenza es la que habías de tener.....

Entonces la joven, sin saber lo que hacía, maquinalmente, se arrojó á los pies de la campesina.

—¡Perdón, perdón, madre mía!

—¡Ah! ¡De modo que es verdad! Ahora verás.

Y al decir esto, enfurecida, corrió á la ca-

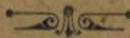
sa, de donde volvió á pocos instantes, con la tranca de la puerta en la mano.

Era inflexible; ingénita dureza constituía el rasgo principal de su carácter; por lo tanto no vaciló en asestar sobre su hija tremendos palos. Rosario gemía, quejándose al sentir los rudos golpes, y el tío Gerónimo suplicó en vano, hasta que la vieja, desahogada ya de su cólera, cesó en su tarea cruel.

Pocos momentos después, la moza continuaba llorando en uno de los rincones. Su madre, deteniéndose ante ella, la dijo ásperamente:

—De hoy en adelante, no darás un paso fuera de aquí.

Al escucharla, experimentó una sensación más dolorosa, más intensa que la producida por los golpes: todas sus pobres ilusiones caían marchitas, como las flores ante el invierno triste y lúgubre.



IV

Ya no acarició más el cefirillo de la mañana su sonrosada tez, ni el susurro de las hojas deleitó sus oídos: sus pies breves, no volvieron á pisar la húmeda arena del río, y su voz no resonó argentina en el mercado, oloroso á comistrajos y legumbres, sobresaliendo de la gritería de los vendedores por su timbre dulce é insinuante.

¡Ah! y el idilio á la sombra de las arboledas, suavemente iluminadas por la pálida luz crepuscular, había desaparecido para siempre.

Lloraba al pensar que no vería más á Julián, el que quizá la olvidaría. Recluida en el huerto, le era imposible salir: ahora su madre llevaba las hortalizas á la ciudad,

mientras que ella suspiraba por la muerte de su tierno amor.

Trabajaba la tierra con sus pequeñas manos, y más de una lágrima caída de sus ojos, humedeció los negros surcos; no tenía amigas: sus únicos compañeros eran el tío Gerónimo y el perro.

Se creía morir en el verde rincón, ella, que antes no ambicionaba otra compañera que la naturaleza, otra canturria que la de la acequia, ni otro beso que el que sentía al acercarse á los labios las flores perfumadas y frescas, ó el que la daban las auras campestres.

El viejo la quería mucho, mas nunca se alejaba de su lado, ni la permitía asomarse á la puerta: cuando la veía llorar, enjugaba sus lágrimas; y si sentada sobre los arriates, frente á la casa, miraba hacia el camino, triste y silenciosa, acercábase á ella, encendía el grueso cigarro de hoja, y la contaba viejas historias de brujas y duendes, creyendo que su sobrinita era aún la niña rieta, virgen de corazón, no amargada todavía por contrariados amorcillos.

Mas Rosario nada escuchaba, ni nada veía: su mirada soñadora, lánguida, perdíase en el dorado piélago, que se extendía más allá de la vega, hasta la tumba del sol, tras de los picachos. Y el anciano, cuenta que cuenta, no callaba hasta ver entrar á su hermana.

Por las noches, ¡qué tristes insomnios, qué de sollozos ahogados, pensando en lo adverso de su amor y en la dureza materna!

¿Y Julián? ¿Dónde estaría? ¿Acaso se habría borrado ya de su mente el recuerdo de la morena que tanto le amara? Y cavilaba mucho, y dudaba más. ¿Qué hacer? Por su cerebro no cruzaba una sóla idea salvadora, y era preciso que le viese, que le hablara pronto.

Escribirle . . . ¡imposible!, porque no sabía coger una pluma; enviarle algún recado, también, pues casi nadie trasponía el umbral del huerto, excepto las gentes de confianza del tío.

Una tarde, cuando el viejo la refería por vigésima vez sus inverosímiles narraciones, fijó sus ojos en la cara arrugada y bonacho-

na, y súbitamente, el deseado pensamiento atravesó el cielo entenebrecido de su mente, como un rayito de sol, al romper las brumas matinales. Era necesario catequizar al tío: no existía otro recurso,

Y esperó la ocasión.

El día siguiente amaneció con un cielo limpio: le parecía que la naturaleza se regocijaba por la posible reanudación de sus amores: reían los arroyos, jugueteando con las guijas, gorjeaban los pájaros en la enramada, y de la tierra se desprendía un olorillo húmedo, al que se mezclaba el aroma de las flores amenazadas ya por el invierno.

Y Rosario estaba alegre también; experimentaba un placer no sentido desde la víspera del encierro. Su madre había partido dos horas antes, y la moza corría de un lado á otro, palpitante, rebosando impaciencia, mirando al sol á cada momento, en tanto que de mala gana ejecutaba las faenas cotidianas.

A las once, estaría él de seguro en la taberna; ahí podría verle después de veintiún

días de ausencia. Y ansiaba que la hora llegase, agitada.

Casi lanzó un grito, cuando el sol estuvo en el punto azul del firmamento que ella observaba. ¡Eran las once! El instante anhelado llegaba al fin, y se dispuso á poner manos á la obra.

El tío Gerónimo tomaba el sol, sentado en el arriate del naranjo más próximo á la casa, entornando los párpados al sentir la tibia caricia de la luz. No lejos, junto á la barda que separaba el huerto del camino, las gallinas picoteaban entre la yerba, hundiendo á veces sus escamosas patas en los montoncillos de estiércol, que humeaban.

Rosario, sin mirar al vejete, decidida, dirigióse hacia las gallinas, apartó del grupo á la más espantadiza y corrió tras de ella, azuzándola.

La alada bestia huía, azorada, y la muchacha seguía, gritando con fingida cólera:

—¡Ah, maldita! ¡Te has comido los huevos! ¡Ahora me la pagarás!

El ave, en el colmo del terror, se detuvo en un rincón formado por la tapia y espesos zarzales. Ahí, viéndose perseguida aún por la joven, que la cerraba el paso, saltó el muro y escapó camino abajo lanzando sonoros cacareos. Era lo que la enamorada deseaba.

Con hipócrita alarma, corrió hacia la puerta, exclamando:

—¡Tío, tío, que ha huído la gallina!

Y antes de que el viejo pudiera decir ote ni moxte, su sobrina traspuso el umbral, y desapareció.

Las gallinas cacareaban, espantadas; ladraba el perro; y hasta la propia acequia, de por sí tan reposada, parecía reír, burlona, precipitando el curso de sus aguas.

Corrió, corrió veloz, sin detenerse un segundo, sin respirar casi. Figurábase que los árboles marchaban en sentido opuesto, y ni siquiera veía las caras halagüeñas de los huertanos que pasaban á su lado, diciéndola con voz gangosa:

—Buenos días nos dé Dios....

Cuando llegó frente á la taberna, mo-

mentos después, la faltaba el aliento. Apoyóse en el tronco de un árbol y escudriñó el interior del establecimiento: el tío Pedro, sonreía, tras del mostrador, dejando ver apenas sus rojas narices achatadas. Algunos borrachines, con los vasos de tequila en las manos, bromeaban estúpidamente, mientras que otros metían los hocicos en la humeante cazuela de longaniza frita que se hallaba sobre una mesa.

Al no ver ahí á Julián, la chica sintió que las lágrimas invadían sus ojos y la rabia su pecho.

Ya iba á regresar, cuando oyó que uno de los ebrios, que la examinaba desde poco antes, dijo:

—Julián, creo que te buscan....

La dió un vuelco el corazón, y de súbito se detuvo.

—¡Ah, pillo, qué buen bocado te llevas!

—gruñó un compañero, al ver que el mozo saltaba hacia afuera.

Cuando le tuvo cerca, vióse tentada á colgarse de su cuello.

—¡Cref que no volverías, muchacha!

—¡Ingrato! como si tanto hubieras hecho por verme...

—Mira, la verdad, no he podido. Ya lo sabes: los amigos son los amigos. Y á tí, ¿qué te ha sucedido?

—Que madre no me deja salir. Lo supo todo, y después de darme una paliza, me ha encerrado.

Julián reía de buena gana.

—¡Vaya si tiene gracia!

La moza, ocultando el rostro entre las manos, murmuró:

—Es que yo no puedo vivir sin verte.....

—Lo mismo me pasa á mí.

—¿Me quieres?

—¡Y me lo preguntas!

—¿Deseas verme todos los días?

—¡Que si deseo!

Entonces ella vaciló, como si lo que iba á decir fuese un sacrilegio, una audacia inaudita: pero, resuelta al fin, viendo á su novio que esperaba la frase prometida, repuso en voz baja, muy baja:

—Bueno. Pues ve todas las tardes, á las dos, á la tapia del huerto.

—Arreglados: iré.

—Allí te espero.

Charlaron un rato más, dichosos, y á continuación, Rosario se despidió.

—No te vayas....

—Sí; es menester. Te lo suplico: no me detengas.

—Bueno. Entonces, adiós.

Escapó corriendo; pero diez pasos más allá, detúvose.

—¿Te espero?

—Sí.

—¿Mañana?

—Sí, á las dos.

Al tornar, con las mejillas ruborosas y el pecho palpitante, rebosando la satisfacción del deseo cumplido, encontró al tío de pie en el marco de la puerta. Estaba muy pálido, y, trémulo, interrogóla:

—¿A dónde has ido?

—Tío... esa malvada gallina..... He andado tras ella sin alcanzarla.... ¡Se ha perdido, Dios santo! ¿Qué haremos?

Y esto lo decía afligida, con aquella vocisita triste que empleaba en tales casos.

El viejo, convencido de la buena fe de su sobrina, casi reía.

¡Demonio de muchacha tan cumplida! Era capaz de correr tres horas por un animalejo cualquiera: sí, como él lo repetía hasta la saciedad, aquella niña valía la plata.

Y dijo en tanto que asomaba á sus ojillos vivarachos una mirada de burla:

—¡Pero mujer, si la gallina ha vuelto primero que tú!

Se quedó perpleja; no había pensado en lo que pudiese atañer al ave; mas disimulando diestramente, preguntó al tío Gerónimo, mitad temerosa, mitad riendo:

—¿No es broma?

—No, como lo oyes: años ha que se encuentra en el corral.

—¡Oh, Virgen María, qué sorpresa!
Pues entonces, lo que sucedió fué una equivocación mía: perseguí á una gallina prieta, igualita á la nuestra

—¡Hija!

—Sí, tío Esta pícara cabeza es la culpable

Abrazada al cuello del anciano, le acari-

ciaba zalamera, halagándole con expresivos mimos, con altiva sonrisa de mujer triunfadora, fecunda en astucias.

—Vamos, viejecito de mi alma, ¡á comer! Se estará usted muriendo de hambre.

Ambos, cogidos del brazo, se encaminaron á la casa.

En lo alto del cielo, resplandecía el sol, abrasando el paisaje con sus rayos; aspirábase embriagadora fragancia de rosas frescas; y en el espacio, se perdían las últimas vibraciones de las campanadas de doce.



El bueno de Gerónimo roncaba después de la comida. No obstante las órdenes estrictas de su hermana para cuidar de Rosario, á semejante hora nada hacía para acatarlas, pues muy á pesar suyo, acometíale una modorra de la que le era imposible evadirse: ahí, en el mismo banco en donde comía, quedábase dormido, con la cabeza reclinada sobre el pecho, y el áspero bordón caído á sus pies, no lejos del gato, que se desperezaba cerca del fogón.

La moza, después de enviar los alimentos á su madre, lavaba los trastos y barría la cocina, saliendo luego al huerto.

Aquella tarde, apenas escuchó el primer ronquido del bendito de su tío, abandonó el cuarto de puntillas, y bajo un sol ardiente, que caldeaba la tierra, atravesó los prados hasta llegar á la tapia, que se erguía al fondo, no ofreciendo para el escaló, más que una lisa superficie, de trecho en trecho desunida por grietas, en cuyos intersticios crecían algunas plantas parásitas.

Tenía ya á prevención una escalera, que apoyó sobre el muro. Rápidamente, trepó, mirando con ansia hacia abajo. Aun no se encontraba ahí Julián, lo que hubo de causarla cierta desazón, que fué disminuyendo á medida que reflexionaba, tratando de convencerse á sí misma: quizá habría tenido algún quehacer, y era preciso esperar. No tardaría, no tardaría . . .

Y con las manos á la altura de los ojos, á guisa de visera, para guardarse de las rayos del sol, escudriñaba el camino.

Ya comenzaba á desalentarse, cansada de tanta demora, cuando divisó á su novio á lo lejos, en medio de la nube de polvo que alzaban dos carros de pesadas ruedas.

El corazón le palpitaba á medida que le veía aproximarse. Cuando lo tuvo á sus pies, no cabía en sí de júbilo: reía locamente porque á pesar de sus esfuerzos, era incapaz de dar la mano á su Julián, que la contemplaba embobado, sonriendo.

Eran los últimos días del otoño: el paisaje palidecía, presintiendo la estación fúnebre, que, á semejanza de la muerte, pronto aparecería cegando con su guadaña las pompas primaverales. En lo alto de los árboles comenzaban á amarillear las hojas, las flores se inclinaban mustias sobre los tallos, despidiendo los restos de su perfume, que embalsamaba el ambiente; los potreros enormes, allá en el límite de la huerta, perdíanse en las azuladas lejanías, vistiendo su ropaje de oro; y el cielo resplandecía, con su rubia belleza otoñal, como sonriendo cual sonriendo las mujeres que dan el supremo adiós á la juventud, para hundirse en las negruras de la vejez.

Y ellos parecía que participaban de la melancólica placidez del campo: era aquel un idilio sin palabras, turbado por el más débil

rumor, la caída de una hoja, el gorjeo de un pájaro, el grito apagado de algún labriego. La charla era entrecortada; Julián encendía cigarro tras cigarro, y Rosario, placentera, sentía correr las horas veloces. ¡Era tan dichosa! ¡Saboreaba tan gratamente aquel deleite prohibido!

Mas en plena conversación, cuando ella menos se lo esperaba, hirió cruelmente sus oídos la voz del tío Gerónimo.

—¡Rosarioooo! ¡Rosarioooo! ¿Dónde estás?

Vióse obligada á despedirse de Julián, cuando más entretenidos hallábanse los dos.

Le envió un beso desde lo alto, y luego, temerosa de ser sorprendida, bajó de prisa, sin cuidarse de las faldas que se enganchaban en los clavos de la escalera, desgarrándose, y dejando ver el arranque de sus delgadas y morenas piernas.

—Hija, ¿pues en qué parte te has metido?

—Nada, tío, que fuí á ver el cuadro de las lechugas que está muy verde y muy bonito, y....

El vejete la observaba con atención.

—¡Mira, mira, creo que me engañas! No

sé lo que ahora tienes.... Primero la gallina...., luego las lechugas, y, con franqueza.....

Mas la muchacha no le dejó concluir; tristemente, inclinó el rostro, comenzando á hacer pucheros.

—¡Ni por estar en casa gozo de libertad, Dios mío! Todo lo que hago es malo, y es sospechoso, y....

—¡Pero, hijita, cálmate, —suplicaba el anciano conmovido;—¡quién ha dicho eso!

—Usted, que me regaña sin motivo.... No soy tan mala, tío, créamelo....

—¡No digas semeja te oprobio, niña! Ya entiendo que eres buena, y te quiero mucho.

Mas al ver que no le oía y continuaba llorando, casi estuvo á punto de imitarla.

—Por Dios, Rosarito, no llores más.... Perdóname....

La chica alzó el rostro bañado en lágrimas, radiante, como si un soplo de dicha lo reanimara.

—Si usted me promete no volverlo á hacer....

—Sí, sí, sí, . . . —apresuróse á contestar, loco de contento, al ver que sonreía.

Y las pláticas de amor, durante la siesta, se sucedieron día á día, por espacio de una semana: Rosario ansiaba que la hora del adormecimiento y del sol llegase; desde que se levantaba, sólo pensaba en ella, y se la veía inquieta, nerviosa, hablando apenas, irritándose por la más simple palabra ó el asunto más baladí. En cambio, cuando se despedía de Julián, tornábase triste, de semblante austero; entraba en casa, sombría, muda, cogía la labor, y sentada enfrente del viejo, cosía, cosía, en tanto que el crepúsculo teñía de rosa el horizonte. Aleteaba en su mente el recuerdo de los hermosos días pasados, de aquel tierno idilio á la sombra de las arboledas, que mezclaban el susurro de sus hojas con el parloteo de amor.

Julián, contra lo que su amada creía, muy pronto comenzó á cansarse de los citas: pensaba que bajo un sol de fuego, era sobrado incómodo ir á verla, máxime, cuando no la tenía cerca, al alcance de su mano, sino un metro más arriba. En realidad, se estaba me-

jor en casa del tío Pedro, rodeado de buenos amigos, que eran complacientes, y no tenían reparo en costear las copitas de mezcal.

Lentamente, fué arraigándose en él esta idea; de tal suerte, que una tarde, al oír sonar las dos, permaneció sentado ante la mesa ennegrecida, delante del vaso de licor, á medio vaciar.

Rosario esperó, esperó durante una hora, en la tapia blanca corouada de verdosas ramas; mas Julián no vino, y entristecida, con su pobre alma de campesina soñadora llena de dolorosos presentimientos, bajó uno á uno los barrotes de la escalera. Cuando estuvo en el suelo, encaminóse á la casa, empuñó la azada enmohecida, y, paso á paso, dirigióse á uno de los rincones del huerto á trabajar la tierra, la tierra fecunda que la daba el pan, la tirana que consumía sus fuerzas.

Pero al estar frente al cuadro cuyos terrones había de remover, cuando enarboló la azada para asestar el primer golpe, sintió que la faltaba el vigor, y pesarosa, abandonó el viejo instrumento de labranza, sen-

tándose sobre la piedra enorme que se hallaba á la sombra de un granado.

Allí, á fuerza de pensar en su desdicha, sollozó en silencio, lejos de todos, sola, en compañía de la naturaleza, la madre dulce y buena que arrullara sus sueños de niña con murmullos de hojas y canturrias de arroyos.



VI

Qué divertido y locuaz era el tal Chano! Hasta al tío Pedro, tan hosco y serrote á veces, no obstante sus complacencias con los parroquianos, hacía desternillar de risa aquel alcohólico empedernido, campesino emancipado de la tierra, enemigo de ella más bien, que muy á menudo decía á los que le interrogaban:

—¿Qué por qué no trabajo la tierra?... ¡La tierra! ¡Uhm! Es tan mala y avara, que nos agota sin darnos en cambio más que un mendrugo..... ¡La tierra! Que mis padres y hermanos la cultiven; yo les cedo mi parte con tal de que me den el pan... Se halla uno mejor aquí, en casa de este

buen viejo de Pedro, tan campechanote y borracho como nosotros.

Entre los rústicos de una legua á la redonda, pasaba por ser hombre de buenas entendederas, motivo por el cual todos los ebrios de la huerta estaban pendientes de sus labios cuando pronunciaba las más insignificante palabra. Especialmente Julián, sentía por él una admiración rayana en idolatría, que era incapaz de reprimir. Daba oídos á todos sus consejos, y nunca tuvo la osadía de negarse á pagar las francachelas de su amigote, cuando—cosa rara en su vida de vagabundo—traía algunos centavos en el bolsillo.

Aquella noche, ya muy cerca de las diez, casi todos los clientes asiduos, habíanse retirado de la taberna dando traspies, camino de sus hogares, si los tenían, ó á dormir á la luz de la luna, panza arriba, en un recodo de la carretera. Sólo permanecían en el ahumado recinto, con el rostro congestionado, que iluminaba de lleno la luz del mechero de petróleo, el tío Pedro, detrás del mostrador, ocupado en llenar de nuevo los frascos

para el día siguiente; un viejecito de lueñas barbas canosas, que roncaba, perfectamente achispado, debajo de uno de los bancos, y Chano y Julián, que, muy serenos todavía, continuaban libando, sentados uno enfrente del otro, en la desvencijada mesa.

Departían sobre varios asuntos, cuando, repentinamente, Chano, que estuvo un momento pensativo, interrogó á su camarada.

—Oye, ¿y Rosario? Nada me has dicho ya

—¡Oh, la pobrecilla! Está que no cabe en sí de pesar. Figúrate por qué

Y como su amigo no despegase los labios, añadió:

—Porque no gusto de calentarme los sesos al sol de medio día, ni de hablarle á gritos para que me entienda

Chano movió la cabeza.

—¡Hombre! Dime tú si no es perder el tiempo, eso de ir á platicar boberías en pleno camino, sin poder tocar siquiera su mano. ¿Verdad que tengo razón? Con verla dos veces á la semana estamos arreglados. Y, aun-

que ella no quiera, día llegará en que no vuelva, á pesar de sus lloriqueos.

El mozo esperaba que le tendiera los brazos al conocer aquella decisión, que á él le parecía genial. Pero Chano permaneció callado durante largo rato, hasta que al fin, alzando el amaratado rostro, miró á su compañero, y pausadamente, con el aplomo del convencimiento, le dijo:

—¡Eres un idiota!

Julián se levantó de su asiento, atónito.

—Escucha, tonto . . . ¿No ves la guapeza de la hija de la señá Juana? ¿Y no te parece una brutalidad haber enamorado á esa mujer que no mereces, porque es bonita y tú horriblemente feo, para dejarla después, á manos del primero que guste?

Y el borracho articulaba sus frases con entereza, como quien está plenamente satisfecho de la verdad de lo que dice.

Julián asintió con un leve movimiento, y su compañero repuso:

—Creo que lo mejor es sacar partido de todo.

—¡Hermano! palabra que no lo había reflexionado.

—Pues piénsalo bien, y dime si no te vendría más casarte con esa muchacha, ó por lo menos, hacerla tu querida.

Hubo un instante de silencio, en que la vaga mirada del joven se posó en la rústica lámpara en torno de la cual revoloteaban mariposillas blancas.

—En cuanto á casarme, lo creo difícil,— murmuró.— Ella misma me ha dicho que su madre no me puede ver ni pintado. . . Tocante á lo otro, es imposible: no sale á ninguna parte, y la cuidan mucho.

—¿Cómo?

—Sí: el soplón de su tío, cuando se duerme, tiene la precaución de guardarse la llave.

—Eso nada importa. En queriendo ella. . . Las mujeres son capaces hasta de sacar un alma del infierno: con más razón, de brincar una tapia.

El tío Pedro saltó el mostrador con lenti-

tud, se detuvo delante de ellos, y sonriendo, les mostró la puerta.

—Vamos, viejo, ¿nos echa usted?

—No, hijos, no es que les eche: hay que dormir.

Abandonaron la mesa, y vacilantes, cogidos del brazo, con la roja frazada pendiente de los hombros, barriendo el suelo, pasaron el dintel.

El tabernero les vió ir, por la orilla del camino, apoyándose en las tapias, hasta que sus siluetas se perdieron en la negrura de la noche, y su voz aguardentosa cesó de turbar el silencio que se hacía más lúgubre por el graznido estridente de los buhos, que se ocultaban en las ruinas, ó el agudo píar de los pajarracos, que se disputaban un sitio en la maleza.

El tío Pedro, después de arrojar á empujones al beodo que dormía bajo los bancos, cerró con llave y aldabón la puerta de establecimiento, no viéndose más, en la extensión de la carretera, aquella luz sombría del mecheró, que se antojaba en la obscuridad, el ojo de un ogro pronto á devorar la huerta.



VII

La noche aparecía más serena que nunca. En el cielo azul, terso como un girón de raso, brillaban las estrellas, esparciendo por el éter su luz pálida. A intervalos, débiles ráfagas estremecían el follaje, haciendo rodar por el suelo las primeras hojas secas, anuncio del invierno. Y las hojas secas huían por la pradera, con sollozo lento, angustiada, haciendo presentir las heladas noches, los prematuros crepúsculos y las auras tardías.

Rosario, con el plato de frijoles en las rodillas, sentada en el tosco banco, parecía contemplar absorta la calma de aquella no-

che de otoño. Embebida en sus pensamientos, casi no probaba bocado, no obstante las repetidas instancias de su madre, que recorriendo la pequeña cocina de un lado á otro, servía la frugal cena al tío Gerónimo y á su hija, mientras que ella, siempre de pie, consumía el contenido de una cazuela negruzca.

El viejo, con las narices metidas en el blanco plato de barro guanajuatense, apurando á sorbos el substancioso caldo, miraba de reojo á su sobrina: tal era la inmovilidad de ella, que el trasto en que comía, abandonado por sus manos, se deslizó á lo largo de la raída falda de percal, yendo á caer al suelo, y haciéndose pedazos.

—Hija, por María Santísima, ¿qué tienes? ¿Te ha sorbido el seso ese canalla?

—Déjala, Juana; quizá esté enferma:— atreviöse á murmurar el tío.

—No, no, no: ¿por qué romper los platos? ¿Cuestan dinero!

Había pasado el tiempo desde la primera época de los amores de Rosario, mas no la dureza de la señá Juana, que atribuía todas las acciones de su hija á su pasión por Ju-

lián. Cada día crecía en ella la hostilidad hacia el joven, no precisamente por los grandes defectos de éste, sino más bien por la repugnancia excesiva que la inspiraba la simple idea de un matrimonio, que la obligaría irremisiblemente á abandonar á su hija, á privarse de su ayuda, tan necesaria, ahora que ella y su hermano estaban viejos, casi impotentes para la lucha con la tierra. Era egoísta, y por eso aborrecía al hombre que intentaba robarla lo que era suyo, puesto que lo había concebido y alimentado con la sangre de sus entrañas y la leche de sus pechos.

En su temperamento de mujer ruda, no se imaginaba que la dulzura fuese la mejor arma para combatir un amor; aferrábase á las prácticas seculares de los huertanos, que todo lo arreglaban á palos.—Sobre todo, cuando veía á Rosario triste, acometíala una irritación imposible de vencer, que agriaba su carácter.

Aquel día, desde su llegada, notó que el rostro de la moza estaba más ensombrecido que de costumbre; que respondía á todas las

preguntas con monosílabos y frases incoherentes, y que hasta en sus menores acciones obraba por instinto, como si su pensamiento estuviera en otra parte, lejos del pobre hogar, amorosamente cobijado por las ramas.

El cabo de vela que adherido á la extremidad de una tabla pendiente de la pared, alumbraba con luz indecisa la cocina, estaba próximo á extinguirse; la señá Juana, modelo de economía, celosa de la conservación de la hacienda, dió por terminada la cena y los tres salieron.

El tío, cabizbajo, abrumado por la tristeza de la muchacha, temblando al pensar en el derrumbamiento de la felicidad del hogar, se encaminó á su cuarto, dispuesto á entregarse al sueño, con su frío egoísmo de viejo: había visto pocas horas antes, cuando tramontaba el sol, á Julián, rondando la casa.

La señá Juana, como siempre, entró en la sala, á fin de contar el dinero, producto de las ventas del día.

Rosario salió al huerto: ahí, de pie, bajo el follaje, contemplaba con ojos tristes, casi

con lágrimas, el sitio en donde había nacido, en donde se habían deslizado los dulces años de su infancia.

Era la despedida: no volvería á ver nunca el terruño que cultivaran sus abuelos; el melancólico susurro de las frondas no la admiraría ya, haciéndola ensoñar amorosas visiones: y la alborada, aquel despertar de la huerta, lleno de luz y de rumores que semejaban un melodioso canto, no la sorprendería más en su poética tarea de cortar flores.

¡Ah! todo eso acabó, bien lo comprendía; y al meditarlo, sentía que el llanto le inundaba sus ojos.

Mas era menester decidirse, renunciar á la casa, á la madre querida no obstante su saña, y al pobre anciano que reclamaba de ella un poco de calor juvenil para su helada senectud; sí, era preciso marcharse para seguir á Julián, perderlo todo por él.

Fresco airecillo agitaba los rizos de su cabellera de ébano, y acariciando el rostro levemente pálido, secaba las lágrimas á flor de párpado.

Absorta, soñaba en la felicidad de su po-

bre ilusión, cuando sintió en su mano una caricia tibia y húmeda: era el perro, que moviendo el rabo, permanecía á sus pies.

Ante el mudo halago de la bestia, estuvo á punto de sollozar: á medida que el tiempo avanzaba, crecía su tristeza; tan sólo la sostenía en su determinación, la consoladora esperanza de que, ya libres, alejados de la tierra, se amarían los dos al sol, sin sobresaltos, confiando en el porvenir el uno en brazos del otro.

Por otra parte, era inútil ya retardar la marcha: Julián se mostraba impaciente, y desde hacía un mes instábala á la huida, sin lograr el sí de ella, hasta la tarde anterior.

Fué lentamente, conquistando el terreno palmo á palmo, como él la impulsó al abandono del huerto.

No hacía mucho tiempo, cuando su novio, fríamente, dejaba de ir á charlar en la tapia, experimentaba un pesar tan grande, que era capaz de resolverse á todo. Aquella pasión que de pronto estallara en su pecho, haciéndola entrever un paraíso ideal,

y que luego, contenida en su alma por las iras maternas, se había dilatado hasta no caber en ella, la impelia aún á las decisiones más locas. Por eso, cuando una tarde, Julián, con cierta sonrisilla maligna, la había participado que lo mejor era romper las relaciones, creyó morir.

Sollozaba reclinando el rostro sobre los toscos adobes de la barda, cuando él, con aplomo, seguro del efecto que iba á producir, la dijo:

—Oye, Rosario: ¡si esto había de suceder! ¿Cómo piensas que yo podría conformarme con estar así, separado de tí, casi sin verte, platicando no más?

—Pero, ¿yo qué he de hacer, si no me dejan?

—Es muy sencillo: vente conmigo; iremos lejos de aquí, escapando de la bilis de tu madre . . .

Ella quedó atónita, sorprendida al oír las palabras de Julián.

—Si es por el casamiento, no te apures: no faltará un Cura que nos bendiga.

Y como se resistiera, tornó á amenazarla